

Parte 1

Encuadre Histórico y Geográfico



“MOROS EN LA COSTA”. UNA SOCIEDAD DE FRONTERA A ORILLAS DEL MAR DE ALBORÁN

JUAN GARCÍA LATORRE

RESUMEN

Tras la expulsión de los moriscos (1570) el territorio que hoy forma la provincia de Almería (S.E de la Península Ibérica) quedó casi despoblado. Atacado continuamente por piratas berberiscos y turcos procedentes del Norte de África, adquirió algunos de los rasgos sociales y económicos que han caracterizado históricamente a las «sociedades de frontera».

Palabras clave: Almería, piratas, frontera

ABSTRACT

After the expulsion of Muslims (1570) the province of Almería (S.E of the Iberic Peninsula) became an empty world and a dangerous frontier land because of the frequent raids of Northafrican and Turkish pirates. The territory acquired some of the social and economic traits that have historically characterized the «frontier societies».

Key words: Almería, pirates, frontier-land

RESUMÉ

Après l'expulsion des morisques (1570) le territoire qui forme des nos jours la province d'Almería (S.E de la Peninsule Ibérique) reste presque deppeuplé. Soumis aux continuels attaques de la part des pirates norafricains et turques, il prit certains traits sociaux et économiques qui ont historiquement caractérisé les «sociétés de frontière».

Mots clés: Almería, pirates, frontière

1. DE NUEVO EN LA FRONTERA

Almería se ha convertido en los últimos años en punto de contacto entre Europa y el continente africano, nexo de unión entre mundos separados por un pequeño brazo de mar y por un abismo de diferencias culturales, políticas demográficas y económicas. Sólo muy recientemente la sociedad almeriense ha tomado conciencia de su nueva condición de frontera entre estos dos mundos y lo

ha hecho de manera dramática. Después de un largo período en el que las relaciones con el Norte de África han sido mínimas, el Norte de África se nos ha “echado encima”. En apenas una década, se ha pasado de la práctica ausencia de contactos a una situación caracterizada por el establecimiento de nuevas, intensas y, en algunos casos, conflictivas relaciones. La proximidad del Magreb va a

tener, de hecho ya la tiene, una incidencia decisiva en la evolución de nuestra propia sociedad. Como vamos a ver esta situación no es nueva.

Históricamente, en una perspectiva muy larga que abarcara los últimos 2000 años, las relaciones de las dos orillas del Mar de Alborán han oscilado entre tres situaciones extremas: la integración, por pertenencia de ambas al mismo ámbito cultural, económico e incluso político; es decir, a la misma civilización (por ejemplo en el período romano y en varias ocasiones a lo largo de la edad media islámica); la confrontación, cuando, tras la conquista cristiana Almería se incorpora al mundo europeo y éste entra en conflicto con el mundo islámico; y, en tercer lugar, la indiferencia y la ignorancia recíprocas cuando los contactos casi desaparecen y ambas sociedades viven de espaldas la una a la otra (desde fines del siglo XVIII hasta el comienzo de la emigración a Argelia a fines del XIX; la segunda mitad del siglo XX hasta los años 90).

Los orígenes de la sociedad almeriense actual y de las gentes que la forman no se pierden en la noche de los tiempos. La Almería moderna tuvo, por decirlo de algún modo, un "año cero" y un acta de fundación. El año es 1570 y el acta de fundación la representan los decretos del rey Felipe II que ordenan, por una parte, la expulsión de los moriscos y, por otra, el inicio de un ambicioso proyecto estatal de colonización del territorio con campesinos cristianos. El desarrollo del proyecto estuvo fuertemente mediatizado por la existencia de un estado de guerra intermitente entre las dos orillas del mar de Alborán, estado que se prolongó con mayor o menor intensidad durante casi 200 años. Esta relación entre Almería y el Norte de África, pues la guerra es una forma de relación, fue la responsable de que la sociedad almeriense naciera con ciertos rasgos de "sociedad de frontera".

2. LAS SOCIEDADES DE FRONTERA EN EL CINE Y EN LA HISTORIA

De entrada, la manera más intuitiva y fácil de aproximar al lector a la noción de "sociedad de frontera" es remitirlo al cine, porque todo el mundo ha visto películas del Oeste y porque el salvaje Oeste americano del siglo XIX, el *far West*, constituye un buen ejemplo histórico de sociedad de

frontera. Es lamentable tener que recurrir a ejemplos lejanos y ajenos, cuando los propios y cercanos son, como veremos, igualmente válidos. Pero, para empezar, el caso americano, por ser universalmente conocido gracias al cine, proporciona una primera aproximación.

Las sociedades de frontera, que han existido en diversos lugares del mundo hasta el siglo XIX, son aquellas que cristalizan en los puntos de contacto y fricción entre civilizaciones distintas y enfrentadas, ya sea porque una de ellas es expansiva y su crecimiento sólo se puede producir a costa de la destrucción de la otra, o porque ambas son expansivas e inevitablemente chocan. ¿Cuáles son las características de las sociedades de frontera? Aunque es difícil generalizar, ya que cada caso presenta innumerables peculiaridades, se pueden señalar algunos rasgos comunes.

La frontera, amplia franja de perfiles difusos más que línea bien definida, es, antes que nada, un territorio peligroso en el que se lucha a diario con el enemigo, en donde todo el mundo va armado. Y por ser un lugar en el que se vive peligrosamente es un lugar semivacío, un espacio de muy baja densidad demográfica. Sin embargo, no constituye un mundo aparte totalmente aislado, ya que en realidad no es más que la periferia, el extrarradio, de una sociedad de la que recibe hombres y cierto nivel de organización. Su situación es ambigua y contradictoria. Debe estar habitada para cumplir con las funciones defensivas que se le han encomendado y hacer frente al peligro exterior, pero el peligro se convierte en el principal factor de repulsión, en la principal causa de su debilidad demográfica. Por tanto, las personas que se instalan en ella sólo lo hacen si, a cambio de los riesgos que asumen, el territorio fronterizo ofrece ventajas que contrarresten en mayor o menor medida los factores de repulsión; o sea, si la frontera también genera factores de atracción.

Como producto de una política consciente destinada a atraer colonos o como realidad que se impone *de facto*, por la propia fuerza de las circunstancias, en la frontera las sociedades se flexibilizan, se desestructuran y con frecuencia lo hacen a favor de las clases populares. La frontera puede ser la tierra de la libertad para los desheredados. En ella los mecanismos de control social se relajan o se cuestionan, las estructuras sociales se vuelven más fluidas, se producen fenómenos

de movilidad social ascendente y aparecen posibilidades de enriquecimiento rápido. Todo esto sucede porque también la situación económica de las zonas fronterizas es excepcional.

La otra cara de la debilidad demográfica es la abundancia de recursos económicos potencialmente explotables. Y como estamos hablando de sociedades preindustriales, el principal recurso económico es la tierra. En la frontera la tierra es barata. Se coge, se toma o se recibe gratis o casi gratis de un estado que desde la retaguardia la ofrece generosamente. El acceso a la tierra, la posibilidad de convertirse en propietario, es el principal señuelo que empuja a los pobres hacia la frontera. "Boy, go to West", era la frase con la que los pequeños granjeros de Nueva Inglaterra o Kentucky animaban a sus hijos a dirigirse al Oeste para conseguir su propia granja.

La coincidencia de densidades de población muy pequeñas con grandes cantidades de tierra da lugar a combinaciones de los factores productivos que, si bien no son exclusivas de este tipo de sociedades, sí son especialmente características de las mismas. La base económica de la sociedad tiende a organizarse en torno a actividades que ahorran el factor más escaso y valioso, el trabajo, y usan grandes cantidades del más abundante y barato, la tierra. Estas actividades pueden ser una ganadería o una agricultura muy extensivas, la recolección, la caza... Los rendimientos de la tierra por unidad de superficie son muy bajos, pero la productividad del trabajo puede llegar a incrementarse en mayor o menor medida, porque —una vez que se han conseguido ciertos niveles mínimos de seguridad— la población se puede permitir el lujo de explotar las mejores tierras, con frecuencia tierras vírgenes y, por ello, muy fértiles. Es posible, por tanto, que en las fronteras se produzcan súbitos booms demográficos e incluso fenómenos de crecimiento económico, entendido como incremento de la renta per cápita de la población. Este último es un hecho extraordinario en las sociedades anteriores a la revolución industrial, una situación que dura poco, generalmente no más de un siglo, y que sólo se da después de grandes crisis demográficas o en zonas recientemente abiertas a la colonización. Fue precisamente en los 100 años que siguieron a la gran peste negra del siglo XIV cuando las rentas reales de las clases populares europeas (y el consumo de carne y pro-

ductos lácteos) alcanzaron niveles que no se volverían a conocer hasta bien entrado el siglo XIX y, en algunos casos, hasta el XX (BACCI, 1987:146-147).

Las economías preindustriales eran "economías orgánicas", es decir, basadas en la energía solar o, para ser más exactos, en la transformación de la energía solar por las plantas. En ellas, y precisamente por limitaciones energéticas insuperables, el crecimiento sostenido no se conocía. Podían pasar de una situación de equilibrio a otra, pero su tendencia natural era hacia el estado estacionario porque la población dependía casi por completo de la tierra para obtener materias primas, alimentos y energía (WRIGLEY, 1993: 48).

"En realidad se trata de algo muy sabido, que actualmente se da por descontado; tal vez no haría falta ni hablar de ello si no se hubiera relegado al último puesto, o incluso olvidado en los tratados de historia de la población, porque huele a determinismo biológico o natural. Sin embargo, las vicisitudes de los pueblos europeos, y no solamente las demográficas, en muchos aspectos van ligadas al proceso de conquista del espacio" (BACCI, 1999: 25).

Hasta el siglo XVIII todos los procesos de crecimiento demográfico plurisecular se han basado en la colonización de nuevos espacios. "El hecho de que las principales fuentes de energía que no sean el trabajo muscular del hombre permanecieran limitadas a las plantas y los animales —escribe Cipolla— puso un límite a la posible expansión de la energía disponible para cualquier sociedad agrícola del pasado. En este aspecto la limitación viene impuesta fundamentalmente por la cantidad de tierra disponible." (BACCI, 1999: 20)

Los padres de la economía, los grandes economistas británicos de finales del siglo XVIII y principios del XIX, eran muy conscientes de todo esto. Sabían que el granjero y el trabajador norteamericano tenían rentas, salarios, y, en general, niveles de vida superiores a los de sus colegas ingleses porque vivían en una frontera recientemente abierta a la colonización en la que, como observó Adam Smith, la tierra parecía inagotable (WRIGLEY, 1992: 37-69). Y los estudios antropométricos nos muestran que los norteamericanos de finales del siglo

XVIII eran más altos y robustos que los europeos porque estaban mejor alimentados (BACCI, 1988: 167). No hay que perder de vista, pues, lo que se ha señalado sobre los precios relativos de los factores en las zonas fronterizas porque nos permite comprender que hasta el simple bracero pudiera ver mejorada su situación económica trasladándose a ellas.

En condiciones normales, en países habitados y explotados desde hacía siglos, la producción se limitaba a crecer al mismo ritmo que la población y, por consiguiente, las rentas reales no se incrementaban. Eso en el mejor de los casos, es decir, mientras existiera una reserva de tierra que permitiera ampliar las áreas cultivadas, porque tarde o temprano los rendimientos marginales decrecientes hacían retroceder las rentas a un nivel próximo a la mera subsistencia.

No obstante, las posibilidades económicas de las fronteras no pasaban de ser eso, simples posibilidades virtuales, mientras el nivel de violencia "estructural" y de inseguridad que las caracterizaba se mantuviera por encima de cierto umbral incompatible con cualquier actividad económica regular, por muy abundantes que fuesen los recursos. En este caso los factores de repulsión pesaban más que los de atracción. La presencia humana se reducía al mínimo, la vida se volvía difícil, todo era escaso y todo era caro. Los habitantes de la frontera sólo tenían entonces dos posibles fuentes de renta. O se convertían en soldados profesionales, alimentados y mantenidos por algún estado, o forzaban una "transferencia de rentas" desde el territorio enemigo hacia el propio por medio del saqueo y el pillaje.

Justo por debajo de ese umbral de inseguridad podía abrirse un período de prosperidad, excepcional y transitorio como ya se ha dicho, en el que los factores de atracción superasen a los de repulsión. La llegada masiva de nuevos colonos y un fuerte crecimiento natural de la población acababan pronto con las ventajas comparativas de la frontera. Este proceso iba acompañado de otro de homogeneización y de integración con la retaguardia que terminaba por borrar o diluir en mayor o menor medida las peculiaridades sociales y económicas de la franja fronteriza.

Por todas las circunstancias señaladas no ha de extrañar que las zonas de frontera, sobre todo en los momentos iniciales, atraigan a pobres y

marginados, a aventureros y a rebeldes sociales, a todos aquellos que no tienen nada que perder. Tampoco ha de extrañar que sean espacios en los que se dan cita todas las formas de la violencia, en los que conviven el militar profesional y el simple saqueador, el campesino militarizado y el bandido. De la violencia nacen otros personajes típicos de la "fauna" fronteriza: el cautivo, el esclavo, el fugitivo, el hombre atormentado que ha visto a toda su familia asesinada o cautiva y en adelante sólo vive para vengarse.

Hay, por último, otro aspecto de la vida en la frontera, relacionado con las ideologías, con las "mentalidades", que merece al menos un pequeño comentario. En los puntos de contacto y fricción las sociedades en lucha acentúan al máximo sus señas de identidad ideológicas. No sólo se arman en sentido estricto, también se arman de argumentos para reforzar su cohesión interna y para inmunizarse contra cualquier posible "contaminación". Todas las sociedades anteriores a la revolución francesa están dotadas de una cosmovisión de carácter religioso, una ideología religiosa en definitiva. La religión no forma parte del ámbito personal, de la vida privada, de la intimidad, que es donde la sitúa la revolución liberal. Al contrario, está presente en todos los aspectos de la cultura y, por tanto en todas las facetas de la vida. Explica y justifica el orden social, el orden político, el orden natural, por referencia a Dios o a los dioses. El modo de vida propio es el correcto porque tiene el aval de la divinidad. Por eso en las fronteras no sólo se enfrentan los hombres, también lo hacen los dioses y cuando al frente de los ejércitos marchan los dioses el conflicto puede adquirir rasgos de guerra santa, de cruzada, de *yihad*, contra un adversario que no sólo representa una amenaza física, sino también el error y el mal. En último extremo al enemigo se le puede negar la condición humana. Sólo hay para él entonces dos destinos aceptables: la esclavitud o la muerte. "Only a dead indian is a good indian" (sólo un indio muerto es un buen indio) se decía en el Oeste americano.

Y, a pesar de todo, en la frontera se establecen inevitablemente relaciones con el enemigo, se pactan treguas, se intercambian prisioneros, se aprende su idioma. Aparece, también inevitablemente, la figura del tráfugo, el renegado, el traidor, personajes ambiguos y sospechosos.

3. ALMERÍA: 'FRONTERA DE MOROS'

Algunas de las circunstancias que otorgan rasgos de sociedad de frontera a la Almería de la edad moderna, sobre todo durante los siglos XVI y XVII, son de carácter local y se relacionan con la situación geográfica de la provincia y con su propia pequeña historia; otras tienen un alcance mediterráneo y dependen de la gran política de la época, de la geopolítica de los grandes imperios, de los choques entre civilizaciones que tienen por teatro y campo de operaciones el Mediterráneo.

Desde finales del siglo XV el mundo europeo y el islámico, como dos gigantescas placas tectónicas separadas por el mar, se aproximan y colisionan violentamente (no era la primera vez que esto sucedía). Una nueva potencia islámica en ascenso, el imperio turco otomano, se extiende por Oriente Medio y el Norte de Africa, unifica bajo su autoridad a los países árabes (en el Magreb sólo Marruecos permanece como estado independiente) y ataca a Europa. Los turcos se apoderan de Grecia, Bulgaria, los estados rumanos, Albania, Serbia, Bosnia, Hungría, de toda la península balcánica y la costa Norte del Mar Negro. En 1526 están a las puertas de Viena, es decir, en el corazón de Europa.

La conquista de Constantinopla en 1453 había marcado el inicio de esta formidable expansión. Al margen de su evidente interés estratégico, Constantinopla, la segunda Roma, la capital del primer emperador cristiano, tenía un enorme valor simbólico para los europeos. Su caída produjo una auténtica conmoción porque, por encima de las fronteras políticas que dividían el continente, los europeos tenían conciencia de pertenecer a una civilización compartida que aún se definía a sí misma, en términos medievales, como la "cristiandad". Por eso la toma de Granada por los Reyes Católicos en 1492 fue celebrada en toda Europa como la revancha que la cristiandad se tomaba frente al Islam. Era al mismo tiempo el punto de partida de una nueva potencia cristiana que amenazaba con continuar su expansión por el Norte de Africa. A la toma de Granada siguen la conquista de Melilla, Orán, el peñón de Vélez, Bugía, Bona, Bizerta, La Goleta y otros puntos fortificados de la costa africana desde Marruecos hasta Túnez. Los portugueses, que se apoderan de Ceuta, Tánger,

Azemur, Mazagan, acompañan a los castellanos en su aventura africana. A lo largo del siglo XVI las líneas de expansión y los ámbitos de influencia del imperio hispánico y del turco se cruzan en el Norte de Africa y en el centro de Europa. El choque es inevitable.

La llegada de los turcos al Norte de Africa propició la aparición de varias estructuras políticas semiautónomas, las "regencias berberiscas", reducidas en la práctica a una ciudad y su entorno inmediato, que asumieron como razón de su existencia la de atacar los barcos y los países cristianos. La piratería se convierte en la principal "actividad económica" de estas ciudades y en la causa de su prosperidad. Argel llega a ser una gran urbe cuando los famosos hermanos Barbarroja, renegados cristianos, se establecen en ella y la transforman en el mayor centro pirata de todo el Mediterráneo. Hacia 1560 se parece muy poco al pequeño poblado bereber que todavía era a principios de siglo. Es una "ciudad nueva que ha surgido a la americana", en donde un pastor de cabras puede llegar a ser rey (BRAUDEL, 1976: II, 291).

En realidad son varios y complejos los factores que explican el fuerte arraigo del corso y la piratería en el Norte de Africa¹. Además de la llegada de los turcos se debe tener en cuenta que la instalación de castellanos y portugueses en numerosos puntos del litoral africano había provocado un repliegue de la población y las actividades económicas "normales" hacia el interior y una relativa desertización de las costas (BAZZANA, 1997: 28-29). Por otra parte, a lo largo del siglo XVI y hasta principios del XVII, estas costas reciben un flujo constante de moriscos españoles huidos o expulsados que, en muchos casos, se incorporan al único negocio que florecía en ellas y podía ofrecerles un empleo. Los moriscos españoles no sólo reforzaron los viejos centros de la piratería, sino que incluso crearon otros nuevos, como la famosa república de Salé (DOMÍNGUEZ ORTIZ, VINCENT, 1978: 234-235). Y no fueron únicamente los moriscos quienes encontraron refugio en las ciudades piratas del Magreb. Delincuentes, disidentes políticos o religiosos, aventureros y renegados

¹ Aunque técnicamente corso y piratería no eran la misma cosa, y un pirata no era exactamente lo mismo que un corsario, de cara a la incidencia de estas actividades sobre el litoral almeriense la distinción entre ambas resulta irrelevante.

de toda Europa fueron bien acogidos porque aportaban conocimientos y avances tecnológicos a un mundo que empezaba a quedarse rezagado.

A principios del siglo XVII llegan los marinos del Norte (ingleses, holandeses) y con ellos una nueva inyección de tecnología naval y militar que permitió a los corsarios magrebíes adentrarse en el Atlántico y ampliar su campo de acción hasta Islandia y Terranova (BRAUDEL, 1976: II, 310-311).

Durante los siglos XVI y XVII la piratería berberisca es una pesadilla para los países europeos del Mediterráneo. No es que los cristianos no desarrollen su propia piratería dirigida contra los países musulmanes, pero ésta no alcanzará el mismo grado de desarrollo. La orilla europea adopta una actitud claramente defensiva. Se eriza de torres y fortificaciones, construye una muralla a su alrededor, se defiende; la orilla africana ataca, porque para muchos de sus habitantes la piratería se ha convertido en un modo de vida y en la base de su economía. Cuando los barcos cargados de botín y cautivos no llegaban a Argel toda la vida de la ciudad se paralizaba.

A lo largo de la edad moderna en el entorno del Mediterráneo y en sus alrededores aparecen varias sociedades de frontera. En los Balcanes el avance turco ha creado amplias franjas fronterizas semivacías que los gobernantes austriacos intentan poblar con campesinos eslavos y alemanes militarizados a los que ofrecen tierras, libertades y privilegios excepcionales. En las estepas situadas al norte del mar Negro los cosacos rusos y ucranianos, auténticos campesinos-soldados, constituyen una típica sociedad de frontera frente al imperio turco y sus aliados los tártaros. Y en el Sureste de la Península Ibérica el territorio almeriense adquiere rasgos de sociedad de frontera porque la despoblación casi absoluta que padece tras la expulsión de los moriscos y la configuración de sus costas, en especial las del Cabo de Gata, ofrecen todo tipo de facilidades a los ataques provenientes del Magreb. Desde la conquista cristiana Almería se había convertido en lo que los textos de la época llaman una "frontera de moros".

Hasta 1568 los moriscos constituían la población mayoritaria del sector oriental del reino de Granada, (básicamente la actual provincia de Almería y la Alpujarra), de ahí que la expulsión lo convirtiera en un territorio vacío y que el proyecto

estatal de colonización le prestara una atención prioritaria. Los colonos cristianos que se instalan en la zona no sólo reciben del estado, en un régimen jurídico muy próximo a la plena propiedad, las tierras y las casas que habían pertenecido a los moriscos, sino también un trato fiscal ventajoso. Por otra parte, las comunidades que forman los repobladores disfrutaban en principio de cierto grado de autonomía y de democracia interna. La frontera les ofrece "libertades y privilegios" (GARCÍA LATORRE, 1995: 57-88).

El reparto de las tierras es bastante igualitario y aspira a crear una masa de pequeños y medianos propietarios comprometidos en la defensa de su nuevo país. Entre ellos hay militares profesionales a quienes se ha animado e incentivado para que se establezcan en los pueblos y actúen como jefes de sus vecinos (SÁNCHEZ RAMOS, 1995: 357-388). La pequeña explotación, que ha caracterizado la estructura agraria almeriense durante siglos, tiene su origen remoto en estos momentos.

A cambio de tanta generosidad los repobladores debían asumir toda una serie de obligaciones de carácter militar que, en la práctica, los convertían en "campesinos-soldados" (SÁNCHEZ RAMOS, 1995). He aquí algunas de ellas:

"...han de se ser obligados a hacer en los lugares de la marina o en los que fuese menester ... un cercado o reducto de tapia como las que de presente hay en este reyno y han de tener todos los pobladores espadas y con ellas un arcabuz o ballesta... rodela o alabarda o partesana o otras armas semejantes enhastadas" (ORIOL CATENA, 1934: 82).

El estado daba por hecho, además, que en adelante los colonos habían de contribuir a la defensa de la costa y a su propia autodefensa constituyendo "batallones de milicias", "compañías de socorro" o "milicias locales". Se trataba de formaciones paramilitares caracterizadas por la dependencia exclusiva de las autoridades municipales, por su espontaneidad y por la falta de una organización homogénea (CONTRERAS GAY, 1997).

Las dificultades que encuentran los colonos son extraordinarias porque no sólo tienen que contar con los ataques procedentes del mar, sino también con los moriscos que no han aceptado la or-

den de expulsión y se han escondido en las montañas convirtiéndose en salteadores, los “monfíes”. Son apenas unos cientos de hombres desesperados que integran varias bandas, pero durante más de diez años siembran el terror en las sierras y dificultan la repoblación (VINCENT, 1981). Frente a ellos, al igual que frente a los piratas, se instala el “presidio”, el fortín o fuerte habitado por soldados profesionales que, en algunos casos, terminan siendo “soldados-campesinos”, ya que también reciben tierras del gobierno. Es el caso de Ohanes, Bayárcal, Darrícal, Míjar y otros lugares (SÁNCHEZ RAMOS, 1995).

De los presidios salen a diario cuadrillas a caballo que recorren las sierras y las costas en busca de monfíes y piratas. Al frente de las mismas, siempre que es posible, hay cristianos nacidos en el país. Estos “naturales”, pues así se les denominaba, eran descendientes de los primeros cristianos que llegaron en tiempos de los Reyes Católicos o en los primeros años del siglo XVI. Habían convivido con los moriscos, conocían la tierra tan bien como ellos, frecuentemente sabían hablar árabe y estaban movidos por un insaciable deseo de revancha porque, durante el levantamiento y la sangrienta guerra que se prolongó desde 1568 hasta 1570, sus familias fueron las primeras víctimas de los moriscos sublevados². El capitán Hernando de Arévalo era uno de estos típicos personajes de la frontera (SÁNCHEZ RAMOS, 1995). Único superviviente de una familia asesinada durante la guerra, hizo de la venganza su profesión. En el escudo de armas familiar puso nueve cabezas de musulmanes, símbolo, según se decía, de las que había cortado (RUZ MÁRQUEZ, 1986: 116).

La misma ciudad de Almería no era más que un gran fuerte en el que la vida se parecía mucho a la de los presidios del Norte de África. Hasta finales del siglo XVII buena parte de su población la componen soldados profesionales. Esto no exime a los civiles, organizados en cuatro batallones con sus propios capitanes, de colaborar en las tareas defensivas. La obligación de acudir a la

defensa de la ciudad afectaba por igual a los vecinos y visitantes de cualquier condición social. En las milicias de Almería y los pueblos de su jurisdicción debían encuadrarse todos los hombres útiles sin excepciones de ningún tipo (CONTRERAS GAY, 1997). En 1621, el propio ayuntamiento, consciente del esfuerzo que suponía para los particulares la adquisición de armas de fuego, de la importancia de dichas armas y del mal estado en que se encontraban muchas de ellas, compra 500 arcabuces y los reparte entre los vecinos (CONTRERAS GAY, 1997).

Ante situaciones de grave peligro, como por ejemplo las que se produjeron en los años 1616, 1617 y 1618, cuando importantes flotas argelinas merodeaban cerca de la ciudad, se adoptaba toda una serie de medidas extraordinarias. Inmediatamente era nombrada una junta o comisión de defensa que debía encargarse de almacenar alimentos, pólvora y municiones en la Alcazaba. Se ordenaba a los cuatro capitanes de las milicias que alistasen a su gente y organizaran los turnos de guardia. Otras medidas iban encaminadas a proteger a las mujeres y los niños, a reparar las murallas, a procurar que todos los vecinos permanecieran en el interior de la ciudad y a evitar que los esclavos musulmanes pudieran colaborar con los asaltantes: “que los dueños de los esclavos moros los tengan recogidos en sus casas en dando la oración” (CONTRERAS GAY, 1997). Los “esclavos moros” eran, en muchos casos, el producto de incursiones fracasadas que habían terminado con la captura de los berberiscos, o de la actividad de los corsarios cristianos en el mar y en las costas del Magreb.

Las torres de las iglesias construidas en esta época en varios pueblos de la provincia están diseñadas para servir como fortalezas y lugares de refugio; y es en esta época cuando se piensa en levantar todo un sistema de atalayas y fortificaciones costeras que debía servir como primera línea de contención. Sin embargo, el sistema de defensas de la costa no termina de construirse hasta el siglo XVIII y, entre tanto, el Cabo de Gata siguió siendo una de las principales zonas de acción de la piratería en el Mediterráneo occidental. Sus calas resguardadas favorecían el desembarco rápido y seguro de los piratas. Al otro lado de la bahía de Almería las calas del Cañarete cumplían una función similar como señala un texto del siglo XVI:

² Curiosamente, y por contradictorio que parezca, estos cristianos autóctonos —criados entre moriscos— desempeñarán un papel fundamental como transmisores de elementos muy importantes de la cultura morisca (tradiciones y técnicas agrícolas y arquitectónicas, gastronomía, etc.) a los repobladores venidos de fuera. El mismo papel jugaron los pocos moriscos que consiguieron eludir la expulsión.

"adonde de hordinario desembarcan los moros y con las cabalgadas que hacen atrabiesan por el Boloduy o taha de Marchena o sierra Alhamilla a embarcarlas en Cabo de Gata, y quando desembarcan en el Cabo de Gata buelven hazia el poniente por los mismos lugares a embarcar en el Cañarete o en las Roquetas" (MUÑOZ BUENDÍA, 1997: 263).

Durante mucho tiempo los pueblos de Almería tendrán algo de "Fort Apache" y el grito de "moros en la costa" no será una metáfora. En 1576 los funcionarios que están inspeccionando los lugares repoblados ordenan a los colonos de Alboloduy que tapien las calles del pueblo que dan al campo, les recuerdan que deben organizar patrullas y turnos de guardia y que han de tener siempre pólvora y municiones en cantidad suficiente (SÁNCHEZ RAMOS, 1995).

No eran preocupaciones gratuitas. En 1573, cuando acaban de llegar los primeros repobladores a la sierra de Filabres, se presenta por sorpresa en Tahal uno de los más famosos monjes moriscos, el Xorayque. Después de varios años de actividad en las sierras almerienses había huido al Norte de Africa y ahora regresaba reconvertido en hábil corsario. Secuestra a varios repobladores y vuelve con ellos a las costas africanas. Los demás, asustados, abandonan la comarca. El funcionario que visita el lugar tras el ataque se limita a levantar acta de lo sucedido:

"La qual dicha población estava començada a hazer en Tahalí y avía quarenta vecinos, sin otros munchos que estaban alistados para benir, los quales por la benida del Xorayque, morisco, que fue a diez y seys de setiembre pasado, que se llevó diez dellos, y de temor se fueron todos."³

Lo que sorprende aquí es la profundidad de la incursión, porque la sierra de Filabres está a más de 50 kilómetros de la costa y separada de la misma por otras sierras. Todavía en 1593 los repobladores de Uleila del Campo, al pie de la mencionada cordillera, afirman que el lugar tiene muy pocos vecinos porque, entre otras cosas, "está çerca de la mar y con peligro de moros".⁴ El

mar está lejos; son los piratas quienes, al pasearse impunemente por el interior del territorio, crean la sensación de que se encuentra mucho más cerca.

Pero la más espectacular de estas acciones fue la que sufrió Cuevas de Almanzora en 1573, que se saldó con la muerte en combate de un buen puñado de cristianos y con el secuestro y traslado a Marruecos de casi 250 personas, en su mayoría mujeres y niños, que acababan de establecerse en el pueblo. Y es que las personas, que son vendidas en los mercados de esclavos de los países islámicos o por las que se pide rescate, constituyen el principal botín de los corsarios.

El éxito y la precisión de las incursiones se explica en gran medida porque están dirigidas o guiadas por moriscos almerienses huidos al Norte de Africa. Conocen perfectamente el terreno y saben dónde y cuándo atacar. Esta es la explicación también del encarnizamiento y la crueldad de que hacen gala los asaltantes. No buscan sólo el botín; ellos también buscan venganza, también tienen motivos. La escena es siempre la misma: el asalto rápido, la ejecución inmediata de una parte de los habitantes del lugar atacado, el ensañamiento con los símbolos cristianos en las iglesias. Además, las "cabalgadas de piratas" van siempre acompañadas de una exhibición de cultura islámica en forma de estandartes, danzas, canciones, ceremonias religiosas, que se lanzan contra los cristianos como un desafío (VINCENT, 1985: 287-302). Estos, por su parte, cubren iglesias, casas y blasones de imágenes y símbolos antiislámicos. No necesitan inventar nada. Les basta con recurrir a la iconografía y las tradiciones forjadas durante los siglos de la reconquista medieval, entre las que ocupaba un lugar destacado la vieja imagen de "Santiago Matamoros" aplastando con su caballo a los musulmanes (el santo, en forma de gran escultura, preside la entrada de una de las más antiguas iglesias de la capital almeriense). Es la confrontación ideológica.

En este terreno una de las representaciones plásticas más significativas es, sin duda, la del retablo de la virgen de la Victoria, que actualmente se encuentra en la iglesia de Vera. Sobre una torre junto al mar ondea un estandarte con la cruz roja de San Jorge. Junto a la torre un amenazador barco de guerra enarbola la bandera de la media luna islámica. A los pies de la virgen la cabeza de un

³ Archivo General de Simancas, Cámara de Castilla, leg. 2201.

⁴ Archivo General de Simancas, Cámara de Castilla, leg. 2215.

musulmán con turbante. Todo un programa iconográfico.

El macabro escudo de armas de los Arévalo, con sus cabezas de musulmanes degollados, necesita pocas explicaciones. Y no es éste el único escudo almeriense que muestra descarnadamente los pensamientos y los sentimientos de sus propietarios hacia el Islam. En el de los Vázquez Pallarés, por ejemplo, un brazo armado con una espada atraviesa de abajo a arriba la cabeza de otro musulmán (RUZ MÁRQUEZ, 1986: 59).

No obstante, como se dijo más arriba, el enfrentamiento, continuo y salvaje, da lugar paradójicamente a ciertas formas de comunicación entre las comunidades enfrentadas. Tras el ataque a Cuevas de Almanzora se inicia un fantástico intercambio de correspondencia entre Said El Dhogalí, el corsario que ha dirigido el asalto, y las autoridades españolas que intentan, sin éxito, rescatar a los cautivos. Estas cartas nos muestran la naturalidad con que se vivían sucesos tan dramáticos y los canales de comunicación que existían entre las dos orillas del mar.

El Dhogalí escribe al presidente de la Chancillería de Granada, Pedro de Deza, en un tono cordial y casi afectuoso, como a un viejo amigo. Incluso parece lamentar que las cosas tengan que ser así, pero la guerra entre moros y cristianos, afirma, es inevitable:

"... Vuestra Señoría sepa que en la guerra, guerra y en la paz, paz. Obligados somos los moros a hazer la guerra a cristianos y los cristianos a los moros. Yo fui al lugar de las Cuevas y tomé allí docientas y quarenta y tantas almas, hombres y mujeres y niños... pobre gente y criaturas... Ciertamente que yo holgaría que con toda presteça Vuestra Señoría diese orden en cómo mandar rescatar toda esta presa junta, porque como son mujeres y criaturas temo que si tarda el rescate se perderán muchos de ellos... porque el rey, mi señor [se refiere al rey de Marruecos], los dará a hermanos y hermanas e hijos y parientes suyos... Vuestra señoría esté cierto que yo holgaría mucho, ya que yo los cautivé, que fuesen libertados por mi mano... Nuestro señor guarde la ilustrísima persona de su señoría. Tetuán, 11 de dizienbre de 1573." (VINCENT, 1985: 301).

Es evidente que en estas condiciones de inseguridad era muy difícil poner en marcha cualquier actividad económica regular. La piratería impidió la explotación de los recursos agrícolas y pesqueros del litoral, hizo inseguros los caminos, obstaculizó el comercio terrestre y marítimo y desvió hacia gastos de defensa las escasas rentas de los particulares y las instituciones.

Pero es que, por otra parte, los repobladores que llegan en los primeros años, como capital humano, dejan mucho que desear. Los textos del siglo XVI hablan así de ellos:

"gente holgazana, escoria del reino, perdidos, rústicos y facinerosos..."
"...hombres pobres... que a las primeras pagas que se les pidieren se subirán a la sierra a ser más salteadores que los moros..."
"no atienden al gobierno de dios ni del rey ni a la buena población, más de substatarse de cualquier manera para bolberse a sus tierras cuando les paresçe" (GARCÍA LATORRE, 2000: 675-704).

Como ya se dijo éste es el tipo de individuos que forma las sociedades de frontera. En principio no se podía esperar otra cosa. De todas formas, se trata de la opinión sesgada de las clases dominantes y de las instituciones, molestas porque los colonos –que se saben imprescindibles– están aprovechando la situación para obtener del estado todo tipo de ventajas políticas y económicas, en definitiva, para "flexibilizar" las estructuras sociales.

Estos colonos constituían, además, una población muy inestable como señala uno de los textos citados. En el último tercio del siglo XVI hubo un trasiego constante de gentes que llegaban y se iban al poco tiempo, derrotadas por las dificultades de todo tipo que encontraban. En esos años probablemente llegaron a la provincia de Almería unas 30.000 personas, de las cuales al menos la mitad volvió pronto a sus lugares de origen.

En 1595, casi 25 años después de su inicio, el estado da por concluido el plan de colonización que, en esos momentos, puede ser calificado como un fracaso. La población de toda la provincia está formada por algo más de 20.000 individuos (unos 15.000 repobladores recién llegados, fundamentalmente de Murcia, Valencia y Castilla La Nueva; unos cuatro mil cristianos "naturales" del

país; entre 1000 y 1500 moriscos más o menos asimilados y algunos cientos de esclavos magrebíes), lo que representa una densidad de poco más de dos habitantes por kilómetro cuadrado, una densidad sahariana (la densidad de población de España era entonces de 14 o 15 habitantes por kilómetro cuadrado).

Hasta ese momento los factores de repulsión han pesado más que los de atracción y el futuro no parece muy prometedor porque entre 1580 y 1620 la piratería argelina vive uno de sus períodos más prósperos y brillantes.

En 1620 corsarios turcos procedentes de Argel se apoderan de Adra y permanecen en ella varios días. Ninguna ayuda llegó del exterior para recuperar la población. Fueron los campesinos de los pueblos próximos, en especial los de Berja y Dalías, quienes -organizados militarmente, como un pequeño ejército, con estandartes, tambores y sus propios oficiales- bajaron a la costa, se enfrentaron a los turcos y los derrotaron.

Los ataques de los corsarios berberiscos continuaron casi hasta finales del siglo XVIII. Sin embargo, desde 1600 se aprecian ciertos síntomas de cambio. El contexto internacional se está alterando irreversiblemente. España y el imperio turco comienzan a desinteresarse del Mediterráneo. Los problemas de los españoles en los Países Bajos y los de los turcos en su frontera con Persia alejan a los grandes ejércitos y a las grandes flotas del mar interior. Pero lo más importante es que los centros del poder político y económico se están desplazando hacia el Atlántico. El imperio otomano entra en una lenta decadencia y, aunque los turcos vuelven a estar a las puertas de Viena en 1685, la posibilidad de que toda Europa sea invadida por los ejércitos otomanos, muy real durante el siglo XVI, desaparece. La superioridad tecnológica, económica y militar de los países europeos sobre el mundo islámico se acrecienta constantemente a lo largo de los siglos XVII y XVIII.

En el Mediterráneo los piratas berberiscos ya no son la punta de lanza de una gran potencia agresiva y no constituyen una amenaza seria para casi nadie, todo lo más una molestia.

¿Cómo se refleja esta nueva situación en Almería? Sigue siendo un espacio acosado y a la defensiva. Pero los piratas encuentran cada vez más dificultades para penetrar en el interior del territorio y, al menos desde los años 30 del siglo

XVII, se encuentran con un enemigo inesperado: los primeros corsarios almerienses. Jerónimo de Gibaja y Venegas, patrón de un bergantín, es uno de los primeros de los que se tiene noticias. En 1636 andaba por la ciudad comprando armas para su tripulación (TAPIA GARRIDO, 1990: 33). En alguna ocasión estos corsarios autóctonos dieron "golpes" espectaculares (conocidos y festejados en todo el país) que los convirtieron en hombres ricos de la noche a la mañana, pero no parece que su intervención fuera tan intensa como para disuadir a los berberiscos de seguir atacando el litoral de Almería.

Por desgracia el siglo XVII es el gran desconocido de nuestra historia moderna. Mientras la repoblación fue un asunto oficial generó una enorme masa de documentos (gracias a ella conocemos con gran detalle todo el proceso de colonización). A partir de 1595 la información se vuelve mucho más escasa y dispersa. Pero los datos de que disponemos nos permiten suponer que fue en el siglo XVII cuando -gracias a la tenacidad y al coraje de los primeros colonos, que habían resistido todas las agresiones y superado todas las adversidades- los factores de atracción comenzaron a pesar más que los de repulsión. Y el principal factor de atracción era la tierra. Hacia el año 1600 el 90% del territorio almeriense, más de 700.000 hectáreas, no estaba cultivado. Bosques, matorrales y grandes espacios de vegetación sabanoide, cuyos únicos habitantes eran los lobos, los ciervos y los rebaños trashumantes, esperaban la llegada del arado (GARCÍA LATORRE, 1998: 275-300). Sobre esta gran fuente de energía el hombre se multiplicará rápidamente.

En apenas 150 años, entre 1600 y 1750, la población pasa de 20.000 a 125.000 habitantes y la provincia conoce las mayores tasas de crecimiento demográfico de toda su historia desde que tenemos datos. En las condiciones de una demografía antigua el simple crecimiento natural de la población, por intenso que fuese, no puede explicar un fenómeno de tal magnitud.

La única explicación razonable es la llegada de nuevos colonos atraídos por las oportunidades que ofrecía un territorio semivacío, pero ya no tan inseguro, y con una estructura social algo menos jerarquizada y opresiva que en sus lugares de procedencia. Los registros de bautismos del siglo XVII que han sido estudiados hasta ahora avalan la hi-

pótesis de que esta corriente migratoria se habría desarrollado a lo largo del siglo XVII y en las primeras décadas del XVIII (GARCÍA LATORRE, 1995: 57-88). La inmigración podría haber ido acompañada, por supuesto, de un fuerte crecimiento natural de la población, ya que éste suele caracterizar a todos los procesos de conquista de nuevas tierras. Es lo que el demógrafo Livi Bacci llama "el efecto del fundador" (1999: 34), que se traduciría en la constitución de familias numerosas. El fenómeno es tanto más llamativo por cuanto se inicia en un siglo de aguda crisis económica y demográfica en el conjunto de España.

Por lo que sabemos, las formas de explotación de los recursos que posibilitaron este sorprendente despegue demográfico son las que cabía esperar en una situación de baja densidad demográfica (GARCÍA LATORRE, 2000: 675-704): agricultura de secano muy extensiva, con largas rotaciones, y ganadería igualmente extensiva en la que el ganado vacuno desempeñaba un papel muy importante. Entre 1570 y 1750 la superficie cultivada en la provincia de Almería se incrementa en un 200%, pasando de 50.000 a 150.000 hectáreas (GARCÍA LATORRE, 1998: 275-300). Es probable que el medio natural, bastante distinto del que conocemos hoy, se viera negativamente afectado por estas formas de explotación. La mayor parte de los grandes mamíferos salvajes que habían habitado el territorio durante siglos (osos, ciervos, corzos y las misteriosas encebras) desaparecieron de casi todas las comarcas y los bosques iniciaron un lento retroceso (GARCÍA LATORRE, 1993; GARCÍA LATORRE, J.; SÁNCHEZ PICÓN, A.; GARCÍA LATORRE, J., 2001).

Ahora bien, el punto de partida había sido tan bajo que a mediados del siglo XVIII Almería continuaba siendo un territorio débilmente poblado con una gran cantidad de recursos naturales por explotar. Es entonces cuando se plantea, como una cuestión de estado, la necesidad de fortificar la costa del Cabo de Gata para acabar definitivamente con la piratería berberisca.

Los informes de los ingenieros militares que trabajaron en la construcción de las nuevas fortificaciones son muy ilustrativos sobre la situación de inseguridad que aún vivía el litoral almeriense. Es posible incluso que los ataques de los corsarios se hubieran recrudecido durante las primeras décadas del siglo como consecuencia de

la toma de Orán por los argelinos en 1708 (Orán era una de las más antiguas plazas fuertes españolas en el Norte de África). Los españoles no reconquistan aquella ciudad hasta 1732 y mientras tanto la corta distancia que la separaba de las costas almerienses y la escasa protección con que éstas contaban habrían actuado como incentivos para multiplicar las incursiones. En 1729, en un audaz golpe de mano, los piratas capturaron a toda la guarnición que defendía la playa del Sollarete. En 1733, cuando comienzan las obras del castillo de San José, la costa está infestada de piratas y los secuestros, los combates en la playa y las escaramuzas son una realidad cotidiana. Felipe Crame, el ingeniero que proyectó y dirigió, entre otras, las obras del citado castillo, dejó abundante testimonio de ello en los documentos que enviaba a Madrid.

La noche del dos de enero de 1734, escribe Crame, "una saetía de moros armada con catorce cañones" acorrala en la playa de los genoveses a una embarcación valenciana, "la que defendieron los trabajadores [se refiere a los que construían el castillo, que desde el principio estaban armados] con el fuego de su fusilería y el de un pequeño cañón que llevaba y pusieron en tierra, obligando a los infieles a retirarse y a abandonar su empresa; y que habiéndose esparcido en este pueblo la voz de que pasan de treinta las embarcaciones y navíos que los argelinos han armado de diferente porte para cruzar en estos mares, he aumentado el número de trabajadores hasta 160, así para hallarme en estado de oponerme a cualesquiera empresas que intentasen los bárbaros contra dichas obras, como para adelantar éstas todo lo posible mientras dure el buen tiempo y ponerlas para la próxima primavera en estado de defensa". (GIL ALBARRACÍN, 1994: 18).

Apenas tres meses más tarde parte precipitadamente de Almería con refuerzos para sus trabajadores "por hallarse amenazados de tres fragatas de moros". El asalto habría terminado en tragedia, dada la superioridad de los atacantes, si no los hubiese puesto en fuga un barco español "que se hallaba ancorado en Cala Figuera esperando el buen tiempo para seguir su navegación a Levante, el cual tuvo el acierto de descomponer del primer cañonazo que disparó la fragata más grande de los infieles, rompiéndole la entena y jarcia del trinquete que cayó al mar" (GIL ALBARRACÍN, 1994: 18).

Los informes de los ingenieros insisten en las consecuencias económicas de esta situación. Aquella costa "al presente inculta y capaz en delante de producir granos, frutos, vinos y pastos de grandísima utilidad" poseía una gran cantidad de tierra, de recursos pesqueros e incluso energéticos que no se explotaban suficientemente por culpa de la piratería. El comercio también se resentía de la inseguridad. Felipe Crame menciona frecuentemente las posibilidades de un territorio en el que, una vez alejado el peligro, podrían cultivarse "viñas, huertas, abrir norias, tierras de labor y colmenares y establecer... almadraba para los atunes y fabricar carbón" (GIL ALBARRACÍN, 1994: 19).

La construcción de las nuevas fortificaciones a lo largo del siglo XVIII y el final de la piratería berberisca hicieron que Almería, después de más de 200 años, dejara de ser "frontera de moros".

BIBLIOGRAFÍA

- BACCI, Massimo Livi (1999). *"Historia de la población europea"*. Barcelona, Crítica.
- BACCI, Massimo Livi (1987). *"Ensayo sobre la historia demográfica europea"*. Población y alimentación en Europa. Barcelona, Ariel.
- BAZZANA, André (1997). *"El concepto de frontera en el Mediterráneo occidental durante la edad media"*. Actas del Congreso La Frontera Oriental Nazarí como Sujeto Histórico (s. XIII-XVI). Almería, Instituto de Estudios Almerienses; p. 25-46.
- BRAUDEL, Fernand (1976). *"El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II."* Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- CONTRERAS GAY, José (1997). *"Las milicias de socorro del Reino de Granada y su contribución a la defensa de la costa después de 1568"*. Actas del Congreso La Frontera Oriental Nazarí como Sujeto Histórico. Op. Cit.; p. 613-622.
- DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.; VINCENT, B. (1978). *"Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría"*. Madrid, Biblioteca de la Revista de Occidente.
- GARCÍA LATORRE, Juan (1995). *"El Reino de Granada en el siglo XVII. Repoblación campesina y crecimiento demográfico"*. En BARRIOS AGUILERA, M. y ANDÚJAR
- CASTILLO, F. (Eds). *"Hombre y territorio en el Reino de Granada"*. Granada, Universidad de Granada; p. 57-89.
- GARCÍA LATORRE, J.; GARCÍA LATORRE, J. (1996). *"Los bosques ignorados de la Almería árida. Una interpretación histórica y ecológica"*. En SÁNCHEZ PICÓN, A. (Ed.) Historia y medio ambiente en el territorio almeriense. Almería. Universidad de Almería; p. 99-126.
- GARCÍA LATORRE, Juan (1998). *"La agricultura almeriense antes y después de la expulsión de los moriscos"*. *Chronica Nova*, nº 25; p. 275-300.
- GARCÍA LATORRE, Juan (2000). *"Población, configuración territorial y actividades económicas"*. En BARRIOS AGUILERA, M. (Ed.) Historia del Reino de Granada, vol. II. Granada, Universidad de Granada-El legado Andalusi; p. 675-704.
- GARCÍA LATORRE, J.; SÁNCHEZ PICÓN, A.; GARCÍA LATORRE, J. (2001). *"The man-made desert: effects of economic and demographic growth on the ecosystems of arid south-eastern Spain"*. *Environmental History Review* (en prensa).
- GIL ALBARRACÍN, Antonio (1994). *"El fuerte de san José"*. Granada, GBG.
- MUÑOZ BUENDÍA, Antonio (1997). *"La ciudad de Almería y su tierra en la época de Felipe II"*. Tesis doctoral inédita, Universidad de Granada.
- ORIOI CATENA, Francisco (1987). *"La repoblación del Reino de Granada"*. Granada, Universidad de Granada.
- RUZ MÁRQUEZ, José Luis (1986). *"Los escudos de Almería"*. Almería.
- SÁNCHEZ RAMOS, Valeriano (1995). *"Repoblación y defensa en el Reino de Granada: campesinos-soldados y soldados-campesinos"*. *Chronica Nova*, nº 22; p. 357-388.

VINCENT, Bernard (1981). "El bandolerismo morisco en Andalucía (siglo XVI)". *Awraq IV*; 167-178.

VINCENT, Bernard (1985). "Un ejemplo de corso berberisco-morisco: el ataque de Cuevas de Almanzora (1573)". *Andalucía en la edad moder-*

na: economía y sociedad. Granada, Diputación Provincial de Granada; 287-302.

WRIGLEY, E.A (1992). "Gentes, ciudades y riqueza". Barcelona, Crítica.

WRIGLEY, E.A (1993). "Cambio, continuidad y azar". Barcelona, Crítica.